

GEDEÓN

ES EL PERIODICO DE MENOS CIRCULACION DE ESPAÑA

AÑO XVIII

MADRID 23 DE JUNIO DE 1912

NÚM. 865



EL PASTOR DEL GANADO LIBERAL

GEDEÓN.—¿Qué se hace, buen hombre: cuidando de la mayoría? ¿eh?
EL PASTOR.—Sí, señor... ¡y templando gaitas!

DOMINGOS DE GEDIÓN

Calínez, te veo muy ojoso. ¿Quieres decirme qué demonios te ocurre? Tu aspecto es el de un diputado liberal obligado a concurrir a la sesión durante un discurso de Salillas.

—Y tú me preguntas, Gedeón, lo que me acontece. Cualquiera diría que has perdido el seso. ¿Me ocurren tantas cosas! Es decir; ¡nos ocurren tantas cosas!

—Hombre, no me asustes, que bastantes pánicos nos depara ya la vida sin que tengamos necesidad de añadirle de nuestra propia cosecha un celmin de granitos de amargura. Pero, en fin, venga, desahoga tu corazón, explícame todo eso y descansa.

—¿Que descanse? Mal voy a poder descansar con esto del cólera.

—¿Qué?

—¡Con esto del cólera!

—¿Estás loco? ¿Pero has tomado en serio a ese tío?

—¿Que si lo he tomado en serio? Ahí es nada. ¿Sabes cómo lo definió un amigo mío? Verás: "Es una enfermedad por la que empieza uno a liquidarse en este mundo, yéndose al otro a buscar papeles."

—Tiene gracia, pero es de un fúnebre subido.

—Subido y todo, es la pura verdad, y, además de serlo, ese buen amigo está en las inmediaciones. Hay quien lo hace ya en Teruel.

—Bueno; pero será posible prevenirlo...

—¡Ca! Esa es mi desgracia. El otro día, lleno de miedo, se me ocurrió ir a casa de un médico amigo mío con objeto de preguntarle remedios contra ese canalla, que viene con la guadaña dispuesta, decidido a llevarse de calle a medio mundo. Pues bien; he aquí lo que me contestó: Lo primero que debe usted hacer, estimado y medroso Calínez, es no probar el agua como no sea hervida, y para eso, recién hervida, ya que el aire, al tocarla de nuevo, podría contaminarla otra vez. Nada de vinos jóvenes. Nada de frutas, ni ensaladas. Los platos, las fuentes en que usted coma deben ser desinfectadas constantemente, así como también el lecho, las sillas, las ropas, todo. No debe usted andar mucho por la calle, y menos por donde vaya mucha gente. Los teatros, los cafés, son mitines de microbios coléricos."

—Pues sí que es divertida la vida de tal modo. Es mejor morir.

—Eso he pensado yo, y por eso tengo esta cara más triste que Gasset sin cartera. Y luego, el último sueño que me incubara el simpático doctor Chicote, me lo ha desvanecido Cajal.

—¿Te refieres a la vacunación anticolérica?

—A ella me refiero. Creí al leer el informe de Chicote que estábamos ra-

biando, y estuve a pique de largarme al Laboratorio Municipal para que me arreasen un buen jeringazo... Y menos mal que llegó Cajal a tiempo, exclamando que tal vacunación es la manera cierta de irse a buscar esos papeles... En fin, chico, que estoy desesperado. ¿Y tú?

—Hombre, yo soy un espíritu más tranquilo. He gozado lo suficiente para no considerarme frustrado aunque se me llevara Pateta. Por lo demás, el cólera no me inspira miedo. Creo que no vendrá. ¿Para qué? Tiene aquí muchos enemigos y terribles competidores.

—¿Cuáles?

—¿Los ignoras?

—No caigo en este momento.

—El tifus, la viruela, las mancomunidades, el juego, el problema canario, toda esa delicia veraniega. Y no te digo nada Navarro Reverter y sus escualidos presupuestos. ¿Qué? ¿No es bastante el cuadro terrorífico para aguantar al cólera? El hombre se dirá para su capote: "Pero, ¿qué diablos vengo a hacer aquí, si ya me han tomado la delantera?" Y se marchará a otro país, a Alemania, por ejemplo, donde la gente está gorda y vive feliz, y donde Don Morbo Asiático puede existir a sus anchas, sin competidores.



—Irónico te veo, Gedeón, hablando de cosas tan serias.

—¿Serías? ¿Queda ya algo serio en el mundo? No quisieron llevar a la Pardo por mujer a la Academia Española, y ahora llevan a Benavente por genio.

—Hombre, no es lo mismo.

—Ni serio tampoco. ¿Si vivimos en el gran país! ¿No te has enterado de lo que hacen nuestros dormilones tribunos de la plebe?

—¿Qué sé yo... Alguna tontería... más.

—No. Ahora se limitan a no hacer nada. Inútil es que D. Pepe Canalejas y D. Alvaro Romanones, Diablo Cojuelo de la milicia nacional, les manden todos los días una carta apelando a sus sentimientos patrióticos, democráticos, para que acudan al Congreso a primera hora. Ellos dicen que es mejor dormir la siesta en la cama que dormirla sobre los escaños.

—Y tienen razón seguramente.

—Toma, eso es claro; pero no deja de ser turbio. Sobre todo para D. Pepe y para D. Alvaro.

—En fin, que voy viendo que te sobra la razón para no alarmarte envol-

viendo tu espíritu en el manto de una filosofía humorística.

—¿Qué duda cabe! Si es un encanto vivir... muriendo. ¿Te has enterado del nuevo aspecto que tomó el Gran Guignol, ese monstruo que hizo tiritar de miedo a medio mundo en el teatro de la Comedia, y que hizo subir notablemente en el mercado el precio de la tila, del éter y del agua de azahar?

—¿Te refieres al Guignol sicalíptico?

—Sí.

—Pero ha sido un fracaso.

—Un fracaso para el público. Para la empresa, no, que tuvo el primer día, llamado verde, el teatro rebosando morralla.

—Sí, pero el público salió descontento.

—Claro está. El público se dispuso a verlo todo, todo... Y, total, nada. Apenas un centímetro de pantorrilla, como en Apolo, aderezado con algunos chistecitos que D. Hilarión Eslava no hubiera reparado en ellos, ya que en su templo del pasadizo se oyeron antaño cosas peores. Yo fui uno de los incautos. Ya no se puede uno fiar ni de lo erótico. Da pena.

—Ni de lo erótico. Tienes razón. El otro día se me ocurrió adquirir "El mé-

dico rural", del gran Trigo, y me tropecé con una novela casi espontánea. Esto se va poniendo mal, Gedeón de mi alma.

—Y tan mal. ¿Vale la pena de vivir? ¿Vale la pena de que nos preocupe el cólera?

—No, hombre, no. Y si añades a todo

eso que el Ayuntamiento no tiene un cuarto, que nos van a subir el precio del gas, de la electricidad, y la casa, y los comestibles, y que va a suprimir Canalejas algún otro impuesto como el de Consumos, para substituirlo por otro, como es natural, cádate que es mejor morir...

—Sí, y luego sin el aliciente del juego, tú verás.

—¿Pero se cumple de verdad la prohibición?

—Por ahora, sí. La cosa está que aide. Han dimitido ya, heridos en su amor... propio, algunos gobernadores: los que van por tela...

—Sí, pero volverá a jugarse.

—Dicen que D. Diego Arias de Miranda va a reglamentar el tapete verde.

—Ya verás como no lo hace. Sería una cosa con mucho sentido común. Podría vigilarse el juego, se le podría sacar un buen fruto, y los gobernadores se quedarían sin tela, cosa que les está haciendo mucha falta.

—No, no lo hacen. Tienes razón. Sería la única cosa buena que quedaría de la gestión liberal en España.

—Esa, y el nombramiento de Re-



EL SUCESO DE LA CALLE DEL FLORIN

GEDEÓN.—¿Qué hace ahí ese hombre?

CALÍNEZ.—Poniendo en el Congreso la última bomba que no se puso en las Ramblas.

érguez Marín para la Biblioteca Nacional. Yo no lo creí hasta que lo vi consumado. Tenía la seguridad de que nombrarían á Burell. Si es el gran país. Ya ves, anoche estuvo D. Pepe comiendo con Gasset; tan amigos. Nada, que después de lo pasado, verás cómo se apañan de nuevo y tenemos antes de tres meses á Rafaelito regándose á sí mismo desde el banco azul.

—Es posible. Y ese día darás por bien empleado que venga el cólera.

—Sí, hombre, sí; que venga. A ver si despeja un poco el horizonte, á ver si sirve de revulsivo. Las catástrofes, como ha dicho alguien que yo me sé y que me callo para no parecer un miembro de la Escuela Superior del Pedanterio, son benéficas.

—Nada, chico. ¡Que venga! ¡Que venga!

—¡Ojalá! Pero ya verás como no viene. España le da miedo.



¡QUÉ CALOR!

¡Qué calorcito, caray!...
¡Ya á dúo cantan aquí,
la codorniz: ¡Buen-pan-hay!,
y el grillo: ¡Cri-cri-cri-cri!...

Errados ambos están
en su cantata sonora,
pues ni en España hay buen pan
ni hay cri-cri...sis por ahora.

Sigan, no obstante, placer
dando con ambas canciones,
si hay buen pan, á Reverter;
si hay crisis, á Romanones.

Así un estío feliz
es cierto que pasarán
el grillo y la codorniz
ó don Alvaro y don Juan.

¡Si vendrá el calor con bríos
que os diré, como detalle,
que ayer dos amigos míos
han visto á *cuerpo* en la calle
á Eugenio Montero Ríos!

¿Dónde encontrar frescura,
morena mía?...
Quizá en la Jefatura
de Policía.

Febo, en su ardiente arrebol,
ha llegado á tal extremo,
que hasta el Tribunal Supremo
sufre un ataque de sol.

¡Qué olor tan de primera
dan los sudores!...
¡Cómo estará Aguilera
con los calores!

¿Que por qué á este calor tiene
tanta hinchá el golfo Saturio,
que es querido de la Irene?...
Pues porque no le conviene
que se saba mucho el mercurio.

Arden las calles, arden los prados,
tormentas guardan las nubes densas;
arde el ambiente... Y es que hay más
[grados
que en una lista de recompensas.

Con el calor te agitas,
cacique rico;
¿será que necesitas
un abanico?

No son estos calores infinitos
propios del Sur. También allá en el Norte
hay quien afirma que se encuentran fritos
los padres escolapios de Monforte.



LA CONSABIDA SERPIENTE

GEDEON como todo hijo de vecino y con toda franqueza, también se siente reporter, reportero, gacetillero ó noticiero, que de las cuatro ú otras muchas maneras se puede llamar ese cargo que en los periódicos se confía al que ha de dar la nota sensacional de la semana.

Y GEDEON no deja de tener sus envidias y nobles emulaciones en esto de confeccionar para el público las primeras notas de un suceso misterioso, ya sea con coche *Simón* ó sin él.

Por ello mismo, registrando esa crónica negra, más negra que el porvenir de Canalejas, tropezamos, esta es la palabra, con el truculento, emocionante y sin par suceso de la calle de Jesús del Valle.

Una noche se le ocurrió á doña Casilda visitar los entresuelos del Café Habanero, que evocan en la memoria de GEDEÓN lances de otras edades, que huyeron, ¡ay!, para no volver jamás; se le ocurrió, volvemos á repetir, y en aquellos entresuelos encontró doña Casilda lo que, para sus cincuenta y tantos *abriles*, se hallaba muy lejos de imaginar.

Doña Casilda tomó una copita de *Chartreuse*, licor clerical si que también sicilíptico; después de aquella copa vino otra y luego otras muchas, sin que la interfecta pueda decirnos cuál fué la penúltima *limpia* de aquella aciaga noche.

Según resulta de las actuaciones, y aquí GEDEÓN declara que no se ha sentido con fuerzas para violar el secreto del sumario, lo que la víctima sufre no es un envenenamiento, como han hecho creer á los chicos reporteros, sino un principio de alcoholismo agudo.

Pero los celos mal-reprimidos, que dijo no sabemos quién, motivó que el *Chartreuse* se trocara en la inevitable, en la horrenda serpiente de mar que aparece todos los veranos; y ahí la tienen ustedes vivita y coleando.

Su longitud es formidable y tiene siete cabezas, como casi todos los monstruos mitológicos. Ahora el misterio ya no está en descubrir quién era el cochero que condujo á doña Casilda. Lo verdaderamente indescifrable es el saber si lo que tomó doña Casilda era *Chartreuse*, veneno ó simplemente Chinchón de á perro chico.

Nosotros, si se nos permite opinar, creemos que lo ingerido era *Chartreuse* en cantidad superabundante; creemos también que el suceso no merece otros

comentarios que los que á diario se dedican á un cualquiera que tiene la humareda de hacerse conducir á la *Comi* para tomar el clásico amoniaco.

Pero ante todo son las costumbres, y GEDEÓN dedica al suceso el espacio consiguiente, siquiera para que sus cofrades no lo *pisen*. Sobre todo, la oportunidad y el alegrar las páginas del periódico en estos meses estivales con las donosidades de una señora de cincuenta y tantos *abriles*, que toma el *Chartreuse* á las dos de la madrugada, como pudiera tomar agua de cebada.

Los periódicos nos cuentan también que doña Casilda perdió, no sólo el conocimiento, sino su dentadura postiza. GEDEÓN no es *detective* ni utiliza tales adminículos; pero ruega á los distintos *duendes* que se hallan sobre la pista, que procuren encontrar la dentadura y la presenten á su dueña, por serle de uso inmediato y necesario.

Y, por último, una recomendación á los colegas: que cuando nos sirvan otro suceso procuren que traiga más cola. El verano pasado tuvimos el cometa Halley, que trajo la suya. Deben apresurarse á inventar otra cosa de más enjundia, porque Madrid, sin el inevitable suceso de todos los veranos, es cosa triste, irrespirable y antipática.

Que lo digan los que se marchan.



Contaba mi abuelo, querido Calínez, que en sus buenos tiempos, en cuanto la cosa pública se revolvía un poco, tocaban á *generalá*.

—¿Y á qué santo me cuentas lo que te contaba tu abuelo?

—A que en el Gran Teatro acaban de tocar á *generalá* también.

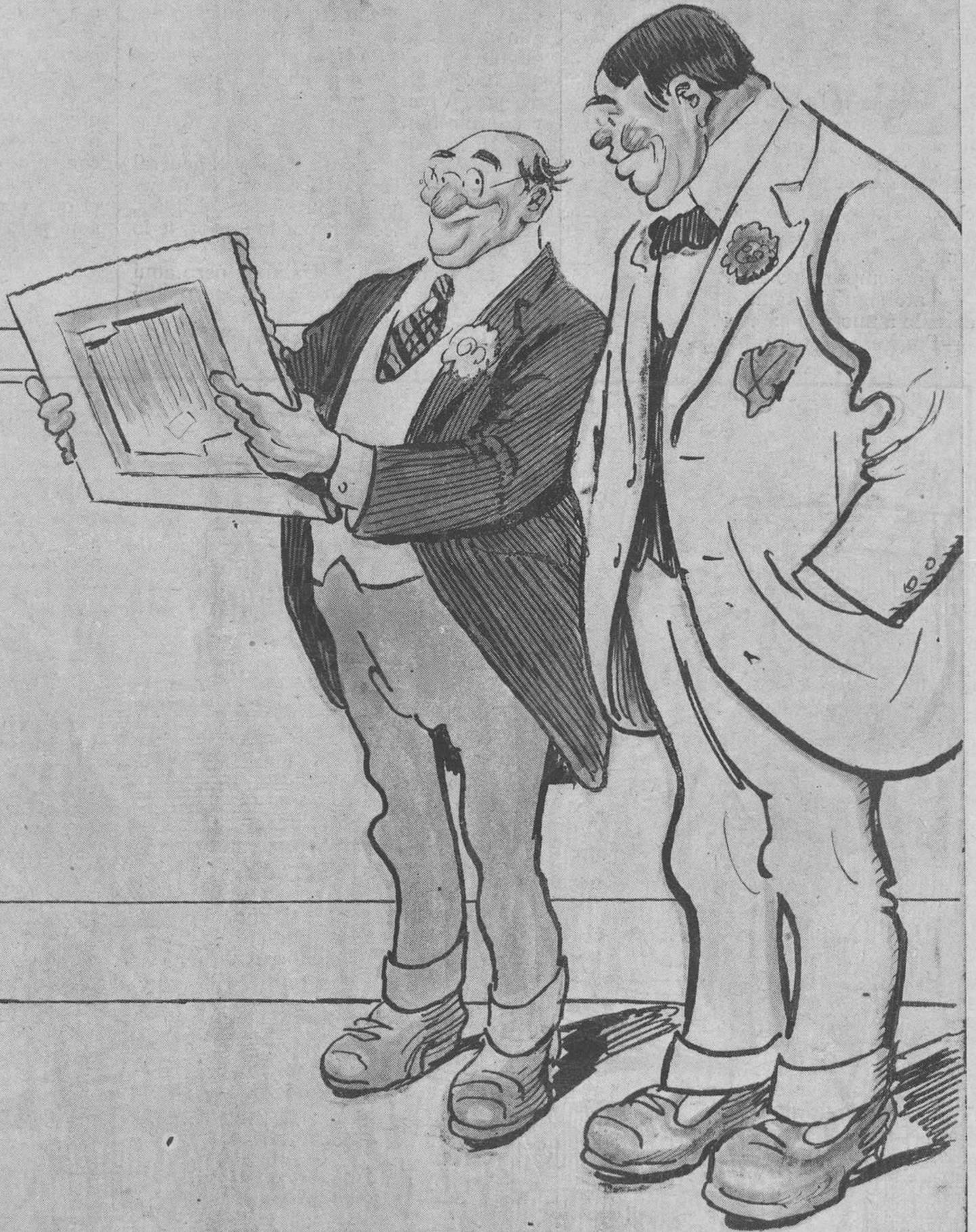
—¡Hombre! ¿Chistecitos baratos tenemos?

—Lo de menos es el chiste, y lo de más es que los que han tocado á *generalá* con motivo del estreno de *La generalá* son nuestros distinguidos compañeros de escarpelo. No parece sino que es la primera vez que Perrín y Palacios escriben estas obras *sui generis* y que nunca se han hecho operetas más ó menos bufas, con sus chistecitos cogidos á lazo. ¿Por qué ensañarse ahora con esta pobre colaboración? Y esto de pobre lo digo en sentido cariñosamente compasivo.

—Pues no lo sé, querido Gedeón; pero me parece á mí que con el escarpelo ocurre lo que con las máquinas de afeitar, que á lo mejor se les cansa la hoja y pasas y repasas la maquinilla por tu fisonomía y te dejas una porción de pelos impunes, y otras veces, sobre todo cuando las pasas previamente por la correa, no te quedan ni cañones, y si no andas con ojo, te llevas el cutis por delante. Unas veces, el escarpelo no corta, ó corta poco, y se queda sin rasurar mucha parte de las obras, y otras, se apura demasiado y escuece.

—Déjate de filosofía barberil y dime en puridad lo que la opereta te haya parecido.

—Pues con toda franqueza te diré que, todo lo tontita que me ha parecido la *feerie* de *Las mujeres de Don Juan*, he



Gileno

UNA JOYA

GEDEÓN.—Aquí lo tienes: auténtico Van Or-Ba-Neja. Un príncipe tártaro ofrece por él catorce y pico millones; sólo falta que nos lo deje vender Alba...

CALÍNEZ.—¿El duque?

GEDEÓN.—No; hombre: D. Santiago.

encontrado á *La generala* entretenida y agradable, sin que esto quiera decir que esté á la altura literaria de las cosas del Gran Guignol.

—Calínez, tengamos la fiesta en paz; que la has tomado conmigo porque voy á eso y eres un hipócrita, pues la otra noche te he visto en la galería de la Comedia.

—Es cierto, pero no fui á eso, sino á lo otro.

—¡ Ah, granuja! Tú estás por esas funciones que llamamos alegres modestamente, ¿eh?

—¿Qué va á hacer uno? Me enteré por la Prensa de que la función no era á propósito para señoritas, y dije: ¡ Tate!

—¿Y para qué dijiste tate? ¿Tú sabes lo que es tate?

—¿Qué sé yo! Cosas que se dicen.

—Tate es una interjección, Calínez, que significa lo mismo que ¡ ta!

—¿ Ta?

—Ta, hombre, ta; que sirve para advertirle á uno que no prosiga lo que ha empezado, ó para avisarle que se libre de algún riesgo.

—Yo siempre digo tate.

—Tate significa también que se le ha ocurrido á uno alguna cosa.

—Pues ese es mi caso, porque se me

ocurió que cuando se hacía aquella advertencia, las obras debían de ser de las que arden en un candil.

—¿Y acertaste?

—Digo si acerté, y me felicité de que nos las sirvieran en italiano, que es el único guiso decente que tienen estas cosas.

—¿De modo que *Un bel uomo*, *Il satiro suo malgrado*, *Il becco di gaz*, y, sobre todo, *Adele e in cinta*, te divertieron?

—Como que no pienso faltar á ninguna función alegre de lo que queda de temporada. Ya me ves, reconciliado con el Gran Guignol. Pero no divaguemos, como dicen los novelistas cuando quieren seguir divagando, y puesto que me has preguntado por *La generala*, quiero decirte que me ha gustado mucho la música del maestro Vives, aunque no sea de Viena, y que me he distraído con el ex rey Cirilo II, la ex reina Eva, el monarca Clodomiro V, la princesita Olga y el general y la generala Tocateca, y si me permitieras que diera un bombito á la Rodríguez, á Carreras y Recober, por lo menos, te lo agradecería.

—Lo siento, amigo Calínez; pero aquí no se le da un bombo ni al lucero del alba.

—Bueno, pues entonces no diremos ni

media palabra de las obritas de Linares Rivas y de los Quinteros para la fiesta de la marquesa de Squilache.

—Pero, ¿qué es eso, Calínez de mis pecados, y, sobre todo, de los tuyos? ¿Ahora te vas á volver presuntuoso y embustero? ¿A qué viene hacerme creer á mí ni á nadie que has estado en la fiesta patriótica de la marquesa? Sé franco, Calínez, y confiesa sinceramente que de *El baile de la embajada*, de Linares, no sabes más que lo que te han contado los cronistas de salones, y de *Las hazañas de Juanillo*, *el de Molares*...

—Esas te las puedo contar ahora mismo, si quieres.

—Ya lo creo, farsanton, como que se las has visto representar á la Toscano y á Simó Raso en el teatro de Cervantes.

—Yo no he dicho dónde, y lo único que digo es que tienen gracia las exageraciones del soldado andaluz para darse pisto con su novia.

—Calla, Calínez, calla; que para pisto, el que pensabas tú darte, si no estoy yo aquí para cortarte los vuelos.



LA HACIENDA MUNICIPAL

D. JUAN.—Bueno, arreglaremos lo de las carnes, nos meteremos con el subsuelo, y, ¿qué le parece á usted si suprimiésemos el impuesto de inquilinato?

RUIZ JIMÉNEZ.—Que ya lo han suprimido los intzresados, no pagándolo.



EL SEGUNDO GOLPE

GEDEÓN.—Querido Maciás, ánimo: usted, que vamos á tener otra escuadra.



«AMOR, ETERNO AMOR»

Don Manuel de Mendivil, de cuya elegancia sería ridículo hacer encomios, ha publicado un nuevo libro, que titula *Amor, eterno amor*, y ha tenido el buen gusto de enviarlo á esta su casa, que lo es...

Hemos leído la obra, claro está, de un tirón; ya D. Manuel de Mendivil es uno de los pocos escritores que se dejan leer, cosa que no le ocurre á ese Sr. León, que ya está en la Academia; y, después de haberla leído, tenemos que hacer de ella un elogio.

Elogio porque está muy bien escrita, porque tiene una ligereza, un conversacionismo (para decirlo en español, si no neto, digno), un amor por la bagatela espiritual y por la elegancia, que cautivan. Elogio, porque D. Manuel de Mendivil ha venido á ocupar gallardamente el sitio vacante del novelista mundano. ¡Oh!, aquellas novelas de la gran sociedad, en las que se decía: "La bella marquesa tomó con un gesto felino un frasco de vaselina alcanforada. Luego vertió sobre un pañuelo de hilo un frasco de violeta subida..." Y elogio, finalmente, por la sandunga con que D. Manuel se despacha en

el prólogo, defendiendo que *Amor, eterno amor*, es una novela.

La obra son tres cuentos largos, muy rebonitos por cierto; pero diferentes entre sí. Lo único que los anima en su conjunto es que los tres tratan de cosas amorosas. Tienen, pues, algo así como un espíritu igual. Pero de eso á constituir una novela...

Según las teorías de nuestro buen amigo Mendivil, *Romeo y Julieta*, *El capitán Veneno* y *La suegra de Tarquino* podrían aparecer como novelas y tapadas bajo un solo título. ¡Cómo se pondría D. Guillermo y hasta D. Pedro Antonio!

Pero en fin, D. Manuel de Mendivil que lo dice, sus razones tendrá.

Nosotros diremos únicamente que *Amor, eterno amor*, sea novela, ó sean novelas, es un libro digno de pavonearse, fino, gracioso, elegante y espiritual, entre las bellas manos de una mujer mundana y bonita.

«EL CAMINO DE LA DICHA»

Don Daniel López Orense, nos ha mandado, con amabilidad que nos seduce y cautiva, un lucido ejemplar de su no menos lucida novela *El camino de la dicha*.

Si el distinguido escritor, uno de los críticos de España más sinceros y más nombrados que existen, le hubiera puesto otro título á su obra, le hubiéramos metido el diente con verdadero alborozo.

Porque D. Daniel López Orense (*Fantasio*), como se pone para andar con el escalpelo, es un chico que tiene talento y promete de verdad.

Pero, amigo, ese título nos ha arregrado:

¡*El camino de la dicha!*

No. D. Daniel es un muchacho serio, grave, ojeroso, que no se ríe ni se sonríe jamás, que anda cabizbajo por las calles, con las manos en la espalda, como un ciprés meditativo.

No. El Sr. López Orense no sabe donde tiene la dicha. El Sr. López Orense podría haber escrito muy bien, dada su traza, *El camino de la amargura*. Si tal hubiera realizado nosotros hubiéramos devorado el libro con la seguridad de aprender muchas cosas.

Pero la dicha es una cosa demasiado bonita para que nosotros, hombres de natural risueño y de musa fácil, amiga del cascabeleo más ruidoso, vayamos á buscarla en un libro de D. Daniel López Orense.

Así, amigo, qué le vamos á hacer

¡A otra!

¡Ah!, de todos modos, muchas gracias por el favor, y conste que no por eso dejamos de admirarle mucho, á pesar de su tristeza.



...y armas al hombro

Dice un colega:

"Los diputados de la mayoría no tienen otra obligación que la de asistir á las sesiones, entendiéndolo por asistir á las sesiones entrar en el salón unos minutos á escribir una carta y pedir una caja de caramelos, y luego murmurar en los pasillos ó engullir en el merendero. ¡No es cosa mayor!

Pues ni eso hacen..., aunque Canalejas se empeñe...

No llegan á tiempo. Y si se celebran sesiones es por compasión de las minorías, que no quieren pedir se cuente el número de diputados."

Reconozcamos que los tiempos cambian y que el Congreso es un espectáculo muy aburrido.

Se impone una orquesta de *tziganes* para amenizar la discusión de los presupuestos, ó la exhibición de películas, que pudieran resultar interesantes, por ejemplo: *Toribio, diputado; Toribio contesta á D. Diego Arias de Miranda; Toribio, presidente!* etc.

Don Dalmacio era el único que alegraba nuestra existencia, y no comparece... ¡Ingrato!

Don José Canalejas y M^o el otro día, entre la d... los dos sus diputados liberales, las Cortes estarán abiertas hasta fin de Julio.

Don José dijo que estarían abiertas. Pero no afirmó que estarían concurridas. Lo cual no es decir nada.

El Sr. Montero Ríos ve con malos ojos el proyecto de mancomunidades. Claro está.

Don Eugenio está perfectamente mancomunado... con el presupuesto nacional. El viejo leguleyo es demasiado exclusivista.

Don Diego Arias de Miranda ha leído en el Congreso un proyecto de ley reglamentando el juego.

¡Señores gobernadores civiles, no va más!...

A *Lagartijo*, una estatua; á Benavente, un sillón; y es que matar recibiendo, del toreo, es lo mejor.

Don Pablo Iglesias se opone al trabajo nocturno de la mujer.

Lo comprendemos.

Lo que no comprendemos es que don Rodrigo Soriano le apoye.

Le Temps", ese franchute tan molesto, sigue echando lumbre contra nosotros y sigue enjaretándonos algunos epítetos muy poco halagüeños.

Señores del margen, que los moros arrear.

Quiere usted suicidarse? ¿Está usted cansado de la vida? ¿Ha reñido usted con su suegra? ¿Ha leído usted alguna novela del señor Carretero, ó alguna información de *El duende*?

¿Quiere usted acabar con la existencia? Monte usted en un tranvía cangrejo. La sacramental más próxima será con usted.

Sigue moviendo mucha bulla el libro de D. Basilio sobre los periodistas católicos.

Uno de estos días se le va á dar un banquetazo á ese cura tan resalado.

GEDEÓN no faltará á la mesa.

Hacia tiempo que no salía por ahí un hombre tan simpático.

Lo peor es que á D. Basilio se le indigeste el queso.

Por más que el ilustre escritor tiene muy buen estómago.

Cristóbal de Castro, ese querido amigo nuestro, anda loco por ahí soliviantando á la gente con un día de haber.

¡Haber!

¡A ver en qué para todo esto!

GEDEÓN, hombre de natural escéptico, supone que no pasará de ser una de tantas bellas ideas circulantes que sirven para ir viviendo.

De todos modos, Cristóbal merece un aplauso.

Vaya el nuestro, sin regateos, cordial.

Los chicos de *La hoja de parra* han sacado su estimable periodiquito con papel satinado.

Será para introducirlo más fácilmente en el público. Porque... por otra cosa...

A Rodrigo Soriano le parece muy mal que asciendan tanto los militares. Dice que hay en esto alguna injusticia.

¿Por qué no se da una vueltecita por el Rif el plácido revolucionario, á ver cómo se ganan los empleos?

¿A que no?

Es más fácil hablar que hacer.

Receta para nuestra regeneración. Menos horas de café y más horas de trabajo; menos licores, que no producen más que borrachos, degenerados y tuberculosos, y más Licor del Polo, que produce salud y bienestar.

Las grandes cantidades de Agua Colonia Orive que se gastan en España se explica por su superioridad incomparable y su baratura sin igual y por las facilidades de su adquisición. Por 8,50 ptas., 2 lts. 16 ptas., 4 lts.; se mandan franco estación pidiéndola á Logroño, á su autor, remesando su importe.

Se siguen regalando billetes para la rifa del chalet de S. de Orive, comprando 6 pesetas en Licor del Polo y Agua de Colonia. El sorteo, 20 Enero 1913. Dirigirse á Logroño.

IMPRENTA «PRENSA ESPAÑOLA» Serrano, 55, Madrid.

DUPONT FILS AINÉ & C^{IE}

9, rue Hautefeuille, PARIS

TEL. 827-76

COCHES PARA PASEO

DE TODAS CLASES

Envío franco del catálogo ilustrado

Especifíquense bien la razón social y las señas



Para las madres que crían niños debilitados, convalecientes, etc.

NUTRITIVO HEYDEN

(Albumina pura desdoblada, directamente absorbible, pasando á los jugos orgánicos sin necesitar ningún trabajo digestivo). Produece de las claras de los huevos frescos.

TIENE EFECTOS MUY ESTIMULANTES DEL APETITO

En la etiqueta van indicados su dosis, manera de empleo y precio.

Aumenta y mejora considerablemente la leche de las amas.

Se vende en botes de 25, 50, 100 y 250 gramos, en todas las buenas farmacias. Al por mayor en las principales droguerías, centros de específicos y por mediación del representante general en España: D. Gustavo Reder, Lope de Vega, 50 y 52, Madrid.



Jabón Medicinal

DE

BREA

MARCA LA GIRALDA

Se vende en todas las Farmacias, Perfumerías y Droguerías.

Precio: 3 pesetas la caja con tres pastillas.

NORTE - AMERICA. Sres. Lockwood, Brackett & C.^o, 222, State Street, Boston, Mas.

VENEZUELA. Señores S. García Hnos., Agentes generales, Caracas.

CUBA. Sres. Goya, Gutiérrez y Cía., Santiago de Cuba; Sres. Ernesto Sarrá, Teniente Rey, 41, Habana; Sr. Dr. F. Taquichel, Obispo, 27, Habana.

GUATEMALA. Sr. don Luis de La Riva, San José.

FOTOGRAFIA

CALVACHE

Carrera San Jerónimo, 16.

PARADISIA

Parfum Exquis

GELLÉ FRÈRES
PARIS

